

La calle para el miércoles 26 de septiembre de 2007
Diario de un espectador
Mozart autorizado
por miguel ángel granados chapa

Con cierto desfasamiento, que no importa, respecto de la insistente recordación de Mozart en el 250 aniversario de su nacimiento, la revista de la Biblioteca de México le dedica casi todo su número 99, fechado en mayo y junio de este año pero que llega por el correo en septiembre. Del caudal de sus materiales tomamos hoy un apunte de Lorenzo da Ponte, el libretista de Las bodas de Fígaro y de Don Giovanni, en traducción de José de la Colina:

“Fui a casa de Mozart (y) pregunté si le gustaría poner en música una ópera escrita especialmente para él.

--Con infinito placer --me dijo--, pero me temo que no me lo permitirían.

--Yo me encargo --le dije-- de salvar todas las dificultades.

La inmensidad de su genio exigía un amplio, multiforme y sublime asunto dramático. Un día, mientras conversábamos, me preguntó si podría poner en libreto de ópera la comedia de Beaumarchais titulada Las bodas de Fígaro. La idea me gustó bastante y le prometí ponerme a trabajar en ella. Pero había una gran dificultad que superar.

Poco antes esta obra había sido prohibida en un teatro alemán por orden del emperador bajo el pretexto de que era demasiado frívola para un auditorio distinguido. Y, ¿cómo, pues, volver a proponerla? El barón Wetzlar, con su habitual generosidad me ofrecía por mi poema dramático un precio razonable asegurándome que si era rechazado en Viena lo haría representar en Londres o en Francia. No acepté esta oferta y propuse que el libreto y la partitura fueran escritos en secreto mientras llegara el momento oportuno de proponerlos a la Intendencia o, si me atrevía a ello, al mismo Emperador. Sólo Martín fue informado del asunto y por deferencia hacia Mozart fue bastante generoso para darme tiempo de acabar la ópera de Fígaro antes de ocuparme de la suya. Me puse a trabajar y a medida que escribía el libreto, Mozart iba componiendo la música, de modo que en seis semanas habíamos terminado la obra. Y cuando quiso la buena fortuna de Mozart que se necesitasen partituras para el teatro, aproveché la ocasión para ir a ver al Emperador y sin hablar de ello con nadie le ofrecí Las bodas de Fígaro.

--¡Cómo! --me dijo--. ¿No sabe usted que Mozart, tan notable en la música instrumental, nunca ha escrito para la escena, salvo una vez, y no resultó gran cosa?

--Yo mismo --repliqué-- si no hubiera sido por la bondad de Su Majestad, no hubiera escrito más de un drama en Viena.

--Es verdad, pero tengo prohibido que se represente esa pieza de Fígaro en los tablados alemanes.

--Lo se, Majestad, pero cambié la comedia en ópera suprimiendo escenas enteras y abreviando otras, aplicándome sobre todo en hacer desaparecer todo lo que podría chocar a la decencia y al buen gusto y, en fin, he transformado esa comedia en una obra digna de un teatro al que Su Majestad honra con su protección. En lo que se refiere a la música es, según mi humilde opinión, una obra maestra.

--Bien: en cuanto a la música, confío en vuestro buen gusto, y en cuanto a la moral de la obra me atengo a vuestra prudencia. Entregad la partitura a los copistas.

Un instante después me hallaba yo en casa de Mozart. Todavía no acababa de darle la buena noticia cuando un mensajero le aportaba la orden de presentarse en palacio con su partitura. Obedeció y allí tocó diversos trozos que el Emperador, encantado, aprobó con entusiasmo. Joseph II tenía un gusto seguro en música y, por lo demás, en todo lo relacionado con las bellas artes. Y el éxito prodigioso que esta obra maravillosa ha tenido en el mundo entero prueba que no se había equivocado...”

El libretista habla también de Don Giovanni. Ya lo leeremos. Adelantamos ahora que, mal recibida en Viena, allí esa obra fue considerada “entre las más bellas óperas que se han representado en el tablado dramático”.